

Ciencia y filosofía: un proyecto inconcluso

Entre 1946, año en que dirigía la Escuela Preparatoria, en la Universidad de Puebla, y 1948, ya como rector, honrosa distinción a la que llegué con una manifiesta aquiescencia de maestros, trabajadores y alumnos, estos últimos asociados en la Federación de Estudiantes representada entonces por el ahora distinguido científico Guillermo Ruiz Reyes, el proyecto fue adquiriendo perfiles más precisos.

Discutí el tema con numerosas personas. Recuerdo las sensatas observaciones del latinista Delfino C. Moreno, los juicios, siempre atractivos, de los historiadores Ponce y Alfredo Fenochio, quien en el orto del siglo y en amaneceres neblinosos aterrizará a la vecindad con fantasmas descomunales que saltaban de mil maneras junto a las bellas, hieráticas y herrerianas torres de la catedral. El espantable escenario salía de la linterna mágica que el sabio profesor manipulaba en el balcón de su hogar.

No podría olvidar otros puntos de vista que sin duda enriquecieron los proyectos pedagógicos. El sociólogo y jurista Carlos Ibarra, hombre de finas virtudes incomprendidas por sus contemporáneos, fue muy persistente en la necesidad de introducir la cátedra de sociología mexicana, de la cual sería ilustre titular antes de que la ocupara el profesor Gastón García Cantú, a quien invité a echarse en hombros la apasionante y pesada carga. En esos años contábase con dos importantes contribuciones de Carlos Ibarra, un texto de *Economía mexicana* y otro titulado *Teoría de México*, obras pioneras en los esfuerzos por recobrar las raíces de nuestra personalidad. Francisco Javier Clavijero y Francisco Javier Alegre, expulsados de Nueva España en el reinado de Carlos III, volvieron en los cursos de Ibarra a ser lecturas de acuciosa meditación. Fidel Ibarra, hermano de Carlos, Gregorio de Gante, Ovidio Moreno, el poeta injusta y prematuramente arrancado de la vida, los abogados Armando Vergara, César Garibay, también latinista, Arturo Fernández Aguirre, dueño de clásica y envidiable discoteca y de una biblioteca jurídica e histórica poco común, Enrique Molina Johnson y otras ilustres personalidades del Colegio de Abogados, así como médicos —mi hermano Héctor, Antonio Barranco, Raymundo Ruiz y Carlos Vergara Soto, por ejemplo— fueron consultados. Lo cierto es que antes de las decisiones innovadoras escudriñé con inquebrantable afán en la

conciencia de la clase más docta del Estado. José Sarmiento y Miguel Sarmiento, geógrafo, el primero, y discípulo de Andrés Bello, el segundo, el matemático Rivadeneyra, don Francisco de P. Tenorio, titular en física y sus prácticas, Francisco Pérez Salazar, radicado en la capital de la República, los historiadores Gómez Haro y Juan Palacios, el fisiólogo José Joaquín Izquierdo, autor de invaluables estudios de historia de la medicina en Puebla y México, convinieron conmigo, éstos y los otros, en que la preparatoria especializada mutila la educación media de los jóvenes.

El resultado de ese largo proceso de estudios y confrontación de experiencias fue la elaboración de un programa distribuido en tres años, para la Escuela Preparatoria. Tres eran las claves del nuevo sistema. Junto con las ciencias exactas y naturales contaban las humanistas, incluidos estudios clásicos, una introducción a la filosofía y el acento especial en materias históricas dedicadas al conocimiento de lo mexicano; un curso de sociología de México culminaba la docencia en esta área. Llevé mi proyecto al Congreso de Universidades que en esos años celebrábase en Oaxaca, y los resultados fueron optimistas. Varios rectores lo vieron con simpatía; recuerdo a don Luis Garrido, de la Universidad Autónoma de México, y a los de Michoacán, Jalisco y Yucatán, interesados también en cambiar por una general la enseñanza especializada en la preparatoria.

Pero esa reforma fue sólo un punto de partida. La finalidad iba mucho más allá de la mera introducción global del alumno a la cultura. Se deseaba transformar la Universidad de Puebla, que hasta esos años congregaba disciplinas profesionales y técnicas —jurídicas, médicas, químicas, ingeniería civil, farmacia, odontología, enfermería, etc.— en una universidad de altas connotaciones. En 1910, durante las Fiestas del Centenario, la de México dio el paso al inaugurar la Escuela de Altos Estudios, bajo la dirección de Ezequiel A. Chávez, luego de la simbólica convocatoria a Palas Atenea, diosa de la sabiduría en la Acrópolis, que proclamó Justo Sierra en el discurso fundatorio de la actual Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Establecida la preparatoria general diseñáranse las maestrías y los doctorados. Algunos años antes Luis Enrique Erro había logrado del presidente Manuel Ávila Camacho un

acuerdo para fundar el observatorio astrofísico de Tonanzintla, lugar elegido por sus cielos favorables. Mientras construíanse las instalaciones, los científicos se alojaron en la Universidad de Puebla. Carlos Graef Fernández, Alberto Barrajas, Arturo Rosenbluth y otros, al mezclarse con poblanos y profesores, crearon una sugerente atmósfera proclive al conocimiento científico. Ya inaugurado Tonanzintla llegarían Guillermo Haro, Luis Rivera Terrazas y el matemático Joaquín Ancona Albertos, excluido de la Mérida nativa por heterodoxias en asuntos religiosos. Originaría en Puebla un agrio debate el día en que en torno a las celebraciones del milagro puso en duda el dogma de la ascensión de María; sus declaraciones, en la revista *Tiempo*, dirigida por Martín Luis Guzmán, exaltaron los ánimos eclesiásticos y el maestro se vio personalmente acusado de herejía.

Aquel ambiente propicio al florecimiento de la ciencia y la voluntad de llevar la enseñanza universitaria me inclinaron a mantener vivas y cercanas charlas con los astrónomos y técnicos del observatorio de Tonanzintla, y con otros eminentes profesores; Luis Rivera Terrazas y Joaquín Ancona Albertos mostraron de inmediato una noble intención de auxiliarme. El recuento de posibilidades ofrecía magros saldos. Sin embargo, Rivera Terrazas elaboró el primer plan de una deseada escuela de matemáticas, física y biología, campo este último que se dejó para una futura ocasión por carecer de un núcleo docente apto. La física y las matemáticas, atendidas por los mencionados Ancona y Rivera Terrazas, diseñáronse como una maestría previa al doctorado en filosofía. Con el ejemplo de la academia platónica, cuyo pórtico advertía a los alumnos: "nadie entre si no sabe geometría", sencillo es comprender la razón de ese esquema preliminar. La meditación filosófica sin el saber científico condenada está —así sucedió en el pasado y continúa sucediendo en el presente— a caer en sofisticaciones dogmáticas y metafísicas inútiles y riesgosas. Las destempladas experiencias del añoso escolasticismo no podían echarse al cuarto de los trastos viejos. Concluida la preparatoria general indispensable era una seria información de las ciencias y sus avances antes de iniciar la aventura filosófica.

No todos estuvieron de acuerdo. La noche en que presenté los programas al consejo universitario se me acusó de pretender la apertura de un claustro para egresados sin empleo. Nada tenían que hacer en Puebla los matemáticos, los físicos y los filósofos; y nadie los solicitaría para actividades remuneradas; la falta del mercado de trabajo aseguraría fracasos, resentimiento y rabia contra la vida. Yo creo que en esa noche defendí lúcidamente esos programas porque luego de largas discusiones aprobáronse por una significativa mayoría de votos. Al día siguiente tuve una intensa conversación con Rivera Terrazas y Ancona, y una semana adelante, en aula de química, inaugurárase sin solemnidades la Escuela de Ciencias de la Universidad de Puebla, segunda en el país —la de México fue anterior— y pionera en la provincia. La generación prístina, aprobada el primer año, cubriría, bien asesorada, las materias del primer ingre-

so. Rivera Terrazas y Ancona profesarían en los siguientes semestres; así, circulando conocimientos y entrelazando esfuerzos, abriéronse las puertas a los egresados, cuyos miembros, muy meritorios, desempeñan prestigiadas funciones en nuestra patria y en el extranjero.

No faltaron los enemigos. En noche negra un grupo asaltó laboratorios, destruyó investigaciones, rompió expedientes e incendió materiales de gran valor, actos criminales abanderados en imputaciones temerarias y absurdas. Se gritaba que la Escuela de Ciencias era nido de ideólogos extranjerizantes y ateos peligrosos. No siempre sucede, aunque en ocasiones sí. La razón abatió a la barbarie, y no obstante las no pocas tribulaciones, en la actualidad la Universidad de Puebla aloja a una avanzada y reconocida Facultad de Ciencias; sus trabajos aparecen en las más conocidas revistas especializadas del mundo, y el intercambio de información y becas tiene un creciente ritmo.

Mas la oveja negra está siempre en los mejores rebaños. Razones políticas me llevaron fuera de Puebla y su universidad, y supe del establecimiento de la Facultad de Filosofía, recia y admirable por muchos conceptos pero no vinculada al currículum académico original. Sus grados no requieren a los científicos como se había pensado en 1949, ni el pináculo doctoral abreva en las maestrías de ciencias. La concepción prima está pendiente. Acá y allá no todo está perdido. Existen corrientes que vinculan ciencia y filosofía. El Seminario de Ciencia y Filosofía que Eli de Gortari fundara en la UNAM, con la simpatía del entonces rector Nabor Carrillo, fue una decisión alentadora. Las ediciones del Seminario tienen una gran aceptación, y en Puebla son fecundas semillas en el lado de los que seguimos convencidos de que un puente de unión de la filosofía y las ciencias capítulo es *sine qua non* en la cultura. Las ciencias protegen al pensamiento de desviaciones fantasiosas y del peligro de la dogmatización metafísica que a las veces concluye en la dogmatización política; y la filosofía evita con la razón suficiente de los valores humanos el uso e instrumentación criminal de la ciencia. Hiroshima y Nagasaki son aún los brutales ejemplos del camino de la ciencia sin la reflexión moral y filosófica.

La violencia ilimitada que impera hoy, las masacres toleradas y en ocasiones perdonadas por presiones castrenses, el genocidio sin censura y el terrorismo de estado que precediera el nacimiento del nazifascismo exigen una vuelta académica al proyecto inconcluso de la Universidad de Puebla. Hermanemos investigación científica e investigación filosófica y propiciemos una verdad-fuente de felicidad y no de destrucción. No hay tranquilidad en los días que corren porque aún se escuchan las amenazantes doctrinas de ayer. Predicó Hitler la necesidad de aherrojar el espíritu de los pueblos, y a pesar de la tragedia a que los condujo con su barbarie, otra vez el cerrojo del espíritu parece cernirse sobre la humanidad.◊